

Un mundo confuso y sin guías

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 13.07.08

En uno de sus movimientos de incansable activismo, Sarkozy reúne hoy en París a una cumbre euromediterránea a la que asisten todos los estados ribereños, exceptuando Libia. No un día cualquiera, sino precisamente la vigilia del 14 Juillet, fiesta nacional de Francia, aniversario de la Gran Revolución. Pretencioso y buscado efecto.

Ocurre con esto de las reuniones internacionales que cada vez son más necesarias porque se acumulan nubarrones procedentes de los cuatro puntos cardinales. Y al mismo tiempo, alimentan una sensación de inutilidad. Si se piensa en lo que eran las famosas cumbres Este-Oeste en los años de la guerra fría, también entonces había la convicción de que no iban a resolver nada de fondo. Sin embargo, proporcionaban una cierta seguridad. La de que tampoco acabarían en un ruptura sin vuelta atrás, capaz de desencadenar la tercera guerra mundial.

Resultado de esta mentalidad dual o bipartita fue el Consejo de Seguridad de la ONU, compuesto por cinco miembros con derecho de veto, la manera de que nunca pudiera ninguna de las partes imponer su criterio. El mundo permanecía domesticado, paralizado por un peloteo entre Estados Unidos y la URSS en el que hasta el final de los años ochenta del siglo XX no hubo un vencedor y un vencido.

Pero ahora las cosas no van así. Ciertamente las conferencias, las cumbres, proliferan. Y se explica porque también los riesgos regionales y mundiales lo han hecho. Acaba la conferencia del G-8 en la ciudad

japonesa de Toyako y ya hay que atender a lo que se diga en la reunión euromediterránea de París. Son encuentros de varios, a veces numerosos interlocutores. Y siempre, lamentablemente, transmiten una impresión de que nada queda enfocado para obtener resultados eficientes de verdad.

Y el caso es que lo que está por resolver no son precisamente minucias. Nada menos que el cambio climático, la carestía vertiginosa de la energía, la amenaza de grandes hambrunas, emigraciones masivas de gente en busca de salir de la miseria con destino a focos de poder y de riqueza. En los cuales, a su vez, se teme la proximidad alarmante de que una era extraordinaria está tocando a su fin. La de la abundancia asegurada, del crecimiento sostenido y del consumismo. La crisis económica tiene visos de ser el resultado de los efectos nocivos de un sistema de libertad de mercado que padece las consecuencias de su propia desmesura, fuera de todo control. Algo muy de fondo está fallando y desborda la confianza, las certezas.

Se ha vendido la mercancía ideológica de que democracia y desarrollo se alimentan mutuamente. Pero la tesis se ve desmentida una y otra vez. ¿Hay algún centro neurálgico que oriente, que sirva de modelo? Estados Unidos ha perdido mucho del que fue su fulgurante atractivo. Europa no acaba de convencer como pretendido exportador de un provechoso poder suave. Y los estados llamados emergentes, o avanzan arrastrando y hasta fomentando graves desigualdades o se guían mediante fórmulas políticas que nada tienen que ver con la equidad y el fundamento en los derechos humanos.

A los enfrentamientos ideológicos que convulsionaron el siglo XX han sucedido los propios de encendidos radicalismos religiosos que extienden

la violencia. Y, por si fuera poco, ni siquiera la realidad o la amenaza de graves conflictos bélicos se ha disipado con el fin de ASTROMUJOFF la guerra fría. Como es patente en el mutuo repetido exhibir, con pruebas de misiles de largo alcance, la posibilidad de ataque y respuesta entre Israel e Irán, cuyo gobierno no sólo predica una y otra vez la necesidad de que el Estado israelí desaparezca del mapa, sino que añade que, en caso de ataque, la flota norteamericana en el golfo Pérsico "estallará en llamas".

Por no ahorrarse señales de discordia, hasta el viejo y acabado enfrentamiento norteamericano-soviético parece perpetuarse absurdamente en una especie de síndrome ruso de imperio mutilado. Y Estados Unidos responde no sólo extendiendo la OTAN hacia el Este, sino con el empeño de establecer en Polonia y la República Checa, incluso tal vez en Lituania, un sistema antimisiles que Moscú considera una amenaza manifiestamente directa.

Existe la sensación de que se está acabando un largo periodo histórico sin ningún indicio del que pueda sucederle. En este sentido, la fotografía de los ocho reunidos en Toyako, plantando cada uno un arbolito, venía a ser un símbolo. ¿Quién de los improvisados jardineros parece disponer de la autoridad y la capacidad para atender a una tarea que sobrepase los tacticismos políticos para resolver, en cifra nacional, mezquinos equilibrios y desequilibrios de poder?

Una de las respuestas a esta incógnita estriba en proponer que sean más los invitados que se reúnan. Los ocho miembros del G-8 podrían o deberían ser 13, según Sarkozy. Un número que otros aumentan hasta veinte países. Ya en la reunión de Toyako han estado presentes

paralelamente los llamados Cinco: China, India, México, Brasil y Sudáfrica. Esta categoría mundial de nuevo cuño que se califica de países emergentes con una mezcla de admiración, esperanza y temor: ¿Se trata de que sean más en participar en el reparto, más en competir? ¿También más para aumentar la imposibilidad de tomar decisiones de verdad, de ponerse de acuerdo?